



# CHILE, pájaros

ANDRÉS JULLIAN

Textos de Paloma González Muñoz  
y Juan Carlos Torres-Mura



Planeta  Sostenible

# CHILE pájaros

Una aproximación a las aves del centro  
sur de Chile



Planeta Sostenible

# ÍNDICE

pág. 5

INTRODUCCIÓN

pág. 8

EL HOTSPOT CHILENO:  
un territorio de protección  
para los pájaros

pág. 11

**COSTA MARINA**

pág. 79

**MATORRAL Y PRADERA**

pág. 43

**HUMEDALES**

pág. 107

**URBANO**

pág. 127

**BOSQUES**

pág. 147

**CORDILLERA**

Proyecto financiado por el  
Fondo Nacional de Fomento  
del Libro y la Lectura,  
Convocatoria 2023



## CHILE PÁJAROS

Una aproximación a las aves del centro sur de Chile

© 2023 Andrés Jullian

© 2023 Paloma González Muñoz y Juan Carlos Torres-Mura

© 2023 Planeta Sostenible EIRL

Primera edición: mayo de 2023

Idea original y edición general: Juan Francisco Bascuñán Muñoz

Ilustraciones: Andrés Jullian

Textos: Paloma González Muñoz y Juan Carlos Torres-Mura

Diseño y diagramación: Alejandra Figueroa González

Edición: Paloma González Muñoz

Revisión de textos: Rocío Gómez Fierro

Revisión de pruebas de maqueta: Juan Fonseca

ISBN 978-956-6154-41-9

Impreso en Chile en los talleres de Ograma Impresores

[www.planetasostenible.cl](http://www.planetasostenible.cl)

# INTRODUCCIÓN

Una de las experiencias humanas más sorprendentes y misteriosas es la que nos hace sentir que estamos “fuera de la naturaleza” o, de otra forma: percibir que no somos parte de ella; como si fuéramos un cuerpo encapsulado, arrojado desde algún lugar del espacio exterior y que se enfrenta por primera vez con el ambiente terrestre conformado por bosques, montañas, océanos e innumerables seres vivos.

Sin embargo, pareciera haber un importante consenso científico de que los seres humanos somos un engranaje más del medio ambiente, no estamos separados de él, somos naturaleza; de hecho, estamos constituidos de los mismos materiales, tenemos ancestros comunes con otros seres vivos y compartimos un genoma similar al de los simios.

A pesar de ello, persiste en gran parte de nosotros la ilusión (*maya* dicen los indios), sesgo, idea o creencia referida a que estamos divididos, fragmentados linealmente entre un yo y “los otros”. Existiría una frontera, la piel, por ejemplo, que nos separaría objetivamente del medio.

Puede que, dentro del necesario proceso de conformación de la personalidad a temprana edad, hayamos confundido la constitución del yo —proceso fundamental pero solo de carácter funcional y práctico— con nuestro verdadero ser integral e ilimitado, y esa confusión la haya aprovechado el tiránico ego para dominar nuestro ser integral que nos conecta y hace parte del Todo, y en lo que nos interesa acá, nos hace parte de ese manto vivo que llamamos biodiversidad.

Este error cognitivo elevado a la calidad de dogma y, por tanto, profundamente enraizado en nuestra cultura, ha sido causa de enormes infortunios. Hemos tratado a los animales como cosas y no como lo que son: seres sintientes; hemos convertido el maravilloso mundo que recibimos en un mero recurso, solo valorable por ser de interés para algunos, sin reconocer su valor intrínseco; hemos extinguido especies haciendo imposible volver a armar el rompecabezas de la vida, hechos —entre otros— que nos tienen en una crisis ambiental y humanitaria explosiva y, en gran medida, irreversible.

Seguramente todas las formas de vida poseen la misma naturaleza en esencia, aunque estemos vestidos con distintas pieles, pero dicen que hay algo, algo muy especial que nos diferencia de los demás seres vivos. ¿La conciencia?

Esa capacidad de saber que sabemos. ¿El lenguaje? Esa capacidad de crear pensamientos y comunicar. ¿Nuestra capacidad de ser sociales? Esa capacidad de actuar en grupo que nos permitió, por ejemplo, siendo unos seres menores poder cazar mamuts o matar tigres. Quizás cuál sea la diferencia, pero lo que es cierto es que hoy en día los seres humanos somos “imparables”, como dice Yuval Noah Harari, y dominamos el planeta. Hemos aprendido a sobrevivir en cualquier ambiente y, además, hemos sometido a la Tierra a nuestro control. Tanto es así, que de nosotros depende la sobrevivencia de la mayoría de los seres vivos del planeta. Un poder demasiado grande, ¿no?

Este poder que está en nuestras manos lo podemos usar para el bien o para el mal. Nosotros deseamos usarlo para el bien. No solo por cuestiones éticas, sino porque los números y los hechos son decisivos: la tasa de extinción, hoy, es mil veces mayor que la que existiría sin la intervención humana, valor que ha crecido aún más producto del cambio climático.

Perder la diversidad biológica no es solo desperdiciar un bonito parque nacional o un río torrentoso donde hacemos kayak; es algo mucho más grave, porque su pérdida profundiza las desigualdades y la pobreza en el mundo, el flagelo más grave que afronta actualmente el planeta. En materia de salud, por ejemplo, la conservación de las plantas es fundamental, pues la mayoría de la atención primaria en el mundo se hace sobre la base de medicina tradicional con plantas medicinales. En materia alimentaria, el 80 % de las personas pobres dependen de la biodiversidad para su subsistencia.

¿Qué hacemos, entonces, para comprender que somos parte de la naturaleza y que, por lo mismo, al hacerle daño a ella nos estamos haciendo daño a nosotros mismos?

Quizás algo muy simple, algo que puede ser gratuito y que cualquiera podría hacer: tan solo contemplar la naturaleza, en silencio, con espíritu sereno y respetuoso y esperar con humildad que nuestro corazón escuche el corazón de la Tierra, que se sincronicen, que vibren al unísono. No es necesario leer libros especializados, estudiar en universidades, tener experiencias exóticas o llenas de adrenalina en selvas lejanas; en nuestro patio, frente a una planta o a una hoja, tenemos la oportunidad de comprender con nuestro ser integral (ese

que se expresa cuando el ego dominante es descubierto y desarticulado) que somos uno con el todo y el todo somos nosotros.

Esta experiencia contemplativa puede comenzar desde muy temprano y, por eso mismo, podríamos introducirla en los programas escolares desde la educación parvularia, porque los niños y niñas recuerdan con más facilidad el estar unidos con el todo en el vientre materno; porque los niños y niñas son los principales agentes del cambio y son, además, los que recibirán el planeta de parte nuestra.

Mientras escribo esta nota introductoria veo las pinturas de Andrés, y recuerdo que me contó que nunca había estudiado dibujo, pintura o teoría del color. “Me considero un autodidacta”, me dijo. Entonces ¿cómo puede traernos la belleza de los pájaros a este libro? ¿Será que su corazón amoroso se ha sincronizado con el corazón de las aves y ha podido conectarse con el alma de sus retratados? ¿O serán, también, sus años o décadas de contemplación tranquila y serena del medio natural los que le dieron las llaves para entrar en el reino pajaril chileno?

Acaba de pasar una bandada de tordos cerca mío y, de pronto, me da la impresión de que las aves son una especie de embajadoras de la biodiversidad, son aire y vuelan como las ideas. Ellas pertenecen a la Cancillería de los pájaros, migran por el mundo y, a veces, dejan escuchar sus trinos. El hecho de verlas y escucharlas me produce un goce íntimo, una alegría infinita, mi corazón está atento y comprendo en ese momento una frase que leí hace mucho: *los pájaros no cantan porque tengan respuestas, cantan porque tienen canciones.*

Hay muchas cosas que hacer a nivel global y local para revertir la pérdida de la biodiversidad, pero ¿por qué no partir por amarla?

JUAN FRANCISCO BASCUÑÁN MUÑOZ  
DIRECTOR PLANETA SOSTENIBLE

# EL HOTSPOT CHILENO: un territorio de protección para los pájaros

Reconocida como una larga y angosta faja de tierra, Chile es un destino que sorprende a los observadores y visitantes por la variedad de sus paisajes, flora y fauna. Este país contiene una combinación única de elementos físicos, geográficos y bióticos que lo destacan en toda América. La fisonomía de Chile cambia desde el desierto a la estepa y desde el océano hasta la cordillera. Hay un gran territorio que parece una isla rodeada por el desierto del norte, la cordillera del este y el océano Pacífico al oeste. En su interior, se desarrolla una biota propia, con muchas especies endémicas, que habitan solo en Chile. En este espacio, entre el desierto y la Patagonia austral, se encuentra el punto caliente de biodiversidad, reconocido internacionalmente el año 2000, que abarca parte del desierto de Atacama, el bosque-matorral esclerófilo y el bosque valdiviano.

Los *hotspots* —o “puntos calientes de biodiversidad” con prioridad de conservación— se definen como regiones donde se concentran especies de plantas y animales endémicos, y donde el hábitat original ha sido fuertemente impactado por las acciones del ser humano. A la fecha, se han definido 34 áreas que reúnen estas características, entre las que se encuentra el *hotspot* llamado “Chilean central”, que está ubicado principalmente en Chile. El *hotspot* chileno, según su definición actual, se extiende desde la costa del Pacífico hasta las cumbres andinas, entre los 25° y 47°S, incluyendo la estrecha franja costera entre los 19° y 25°S, más el archipiélago Juan Fernández y una pequeña área de bosques en Argentina, cerca de la frontera con Chile. Incluye el norte chico, la zona central (áreas con lluvias en invierno) y parte del sur de Chile, desde Biobío hasta el norte de Aysén (con lluvias de verano e invierno). Definido de esta manera, el *hotspot* chileno incluye desiertos del norte chico, el matorral y el bosque esclerófilo de Chile central, la biota altoandina que se desarrolla sobre la línea arbórea, los bosques deciduos dominados por varias especies de *Nothofagus* (*N. obliqua*, roble, *N. alessandri*, hualo, *N. macrocarpa*, roble de Santiago) y los bosques lluviosos valdivianos. La gran diversidad de especies y los altos niveles de endemismo en el *hotspot* chileno se deben a su posición intermedia entre dos principales zonas biogeográficas (las provincias Neotropical y la antigua Gondwana), sumado a su carácter insular, producto del aislamiento geográfico con el resto del continente sudamericano dado por la cordillera de los Andes y por el desierto de Atacama.

Entre las regiones de Atacama y Los Lagos, se concentra la mayor parte de la población humana de Chile. Esta zona tiene actualmente una gran densidad poblacional y ha estado sometida desde tiempos de la Colonia a una creciente intervención. La principal fuente de cambio para este territorio ha sido la transformación de hábitats naturales por actividades agrícolas, ganaderas y forestales, así como por desarrollo urbano e industrial; además, hay una alta incidencia de incendios de origen antrópico, a lo que se suma el efecto que producen las especies exóticas de plantas y animales. Prácticamente todas las ciudades están enfrentando un proceso de expansión, evidenciando, asimismo, diferencias en términos de desarrollo sostenible e interés en la conservación de la biodiversidad. En Chile, la concentración de habitantes en centros urbanos es mayor que la tendencia mundial, con aproximadamente el 86 % de la población total; este fenómeno es consecuencia de los procesos migratorios ocurridos durante el siglo pasado. Por ejemplo, en el año 1952, el 66 % de la población se concentraba entre las regiones de Valparaíso y Biobío; no obstante, en la actualidad, esta cifra alcanza aproximadamente al 75 % de la población. Entre los años 2000 y 2011, el crecimiento poblacional del país fue de casi un 13 %, sin embargo, las ciudades del centro-sur lo hicieron en un 15 %. En la ciudad de Santiago, por su parte, habitan aproximadamente 6 millones de personas, equivalentes al 40 % de la población nacional. Si bien los paisajes urbanos ocupan solo el 4 % de la superficie terrestre, los impactos de las ciudades sobre los ecosistemas naturales se extienden mucho más allá de sus límites y se requiere desarrollar distintas estrategias de conservación.

A través de más de un centenar de aves típicas de esta relevante zona ecológica de Chile, te invitamos a conocer y valorar nuestra biodiversidad, base de nuestra sobrevivencia como especie humana.

JUAN CARLOS TORRES-MURA  
BIÓLOGO

# COSTA MARINA

Chile tiene un borde costero de más de 6000 km de extensión, llegando a más de 83 000 si sumamos la costa de las islas. En nuestra costa habitan numerosas especies de algas y animales, incluyendo una gran variedad de aves.

Algo que caracteriza a la zona costera es la “anomalía” oceanográfica y atmosférica, denominada Oscilación del Sur, cuyas fases negativa y positiva se asocian a los eventos de El Niño (años cálidos y húmedos) y La Niña (años fríos y secos), respectivamente.

Por otra parte, la costa de Chile, así como su clima, está fuertemente influenciada por la corriente fría de Humboldt, la que produce un sistema de surgencias costeras, que son masas de agua enriquecidas en nutrientes, y que serían las responsables de la alta producción de algas, mariscos y peces. Gracias a esto, es una de las zonas pesqueras más productivas de todo el planeta, algo que aprovechamos los seres humanos y, por cierto, también muchas especies de pájaros. Sin embargo, esto podría cambiar. Una de las consecuencias del cambio climático es una mayor frecuencia e intensidad del fenómeno de El Niño, lo que aumentaría la temperatura del agua superficial, disminuyendo la surgencia de aguas ricas en plancton y, por ende, afectando fuertemente las tramas alimenticias. Otro efecto del calentamiento global será el ascenso del nivel del mar, lo que producirá cambios en el borde costero, modificando los diferentes hábitats ocupados por la flora y fauna locales. ¿Qué impactos sobre la biodiversidad de la zona costera tendrán estos cambios? ¿Qué ocurrirá con las aves marinas que puedes encontrar en este libro?



CHORLO CHILENO | *Charadrius modestus*

Se reproduce en la zona austral, donde ocupa diversos ambientes húmedos y, durante el otoño e invierno, migra hacia el norte habitando la costa y los humedales con playas arenosas o lodosas.



CHORLO DE DOBLE COLLAR | *Charadrius falklandicus*

Es un ave costera de la zona norte y centro de Chile. Mientras que, en la zona austral, ocupa humedales interiores.



CHORLO DE COLLAR | *Charadrius collaris*

Es un ave típica de costas marinas y humedales interiores que en invierno se mueve de sur a norte. Se alimenta de pequeños invertebrados que busca en el área.



CHORLO NEVADO O ANGELITO | *Charadrius nivosus*

Vive en playas de arena y en las dunas cercanas, desde Arica hasta Chiloé; por su coloración se confunde con el ambiente y es más fácil verlo cuando se mueve.